

Notas, informes y documentos de política internacional

Las relaciones México-Finlandia

CARLOS GONZÁLEZ PARRODI

Repasando la historia de las relaciones diplomáticas entre México y Finlandia encontramos que son más recientes de lo que a primera vista podría suponerse. En el año de 1936, y a 19 de que Finlandia accediera a su plena soberanía e independencia, los embajadores de México y Finlandia firmaron, en Washington, un Tratado de Amistad, formalizando los vínculos bilaterales.

Los efectos prácticos de dicho Tratado quedaron necesariamente en suspenso cuando en los sangrientos prolegómenos de la segunda guerra mundial la Unión Soviética lanzó sus divisiones blindadas a la invasión del pequeño país nórdico.

Esta acción, que constituyó un resultado parcial del Pacto de No Agresión entre la Alemania hitleriana y la Unión Soviética, encontró la heroica y decidida resistencia del pueblo finlandés, que mereció la admiración general; pero, justo es consignarlo, fuera del apoyo moral nada llegó en auxilio de ese moderno David. Los capítulos siguientes son bien conocidos, y escapan al objeto de este breve comentario.

No fue sino hasta 1964 cuando las relaciones diplomáticas entre México y Finlandia se iniciaron de una manera cabal, mediante la designación de embajadores residentes en sus respectivas capitales.

Como consecuencia de la llamada "guerra de invierno", de 1939-1940 —a la que los finlandeses prefieren designar como "guerra de continuación"—, en 1941 Finlandia se une a las fuerzas alemanas que invadieron a la Unión Soviética, allí perdió una parte considerable de su territorio y su única salida al Mar Ártico, que fueron anexados a la Unión Soviética.

Poco tiempo después de haber firmado el Tratado de Paz, en 1947, Finlandia suscribió un Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua con la Unión Soviética, donde se estipula que adoptará medidas defensivas en el caso de que Alemania o

sus aliados ataquen a la Unión Soviética a través de territorio finlandés.

Como dato curioso, la redacción del Tratado no ha sufrido modificación alguna —en lo que se refiere a la mención que de Alemania se hace—, aun considerando que la existencia de la República Democrática Alemana, que es aliada de la Unión Soviética dentro del Pacto de Varsovia, creaba un aparente anacronismo. La explicación quizás se encuentre en el profundo contenido emocional que la gran guerra patria dejó en el pueblo soviético.

En diversas conversaciones que sostuvimos con altos funcionarios de la Cancillería finlandesa, aludimos al tema; con el único resultado de recibir respuestas vagas o —lo que es una peculiar característica de los finlandeses— que mi interlocutor se encerrara en el más profundo mutismo.

La existencia de este Tratado se ha traducido en una desorientación del concepto que de Finlandia se han formado los diversos círculos de la opinión pública extranjera. Así, no ha faltado quien piense que Finlandia se encuentra dentro de la órbita de influencia de la Unión Soviética, o que su libertad de acción en materia de política exterior se halla limitada en extremo.

Ninguna de las dos versiones corresponde a la realidad. Finlandia no es, ni ha sido, un satélite de la Unión Soviética; y en lo que respecta a su política de neutralidad, de ninguna manera supone una mediatización. Puede afirmarse que esta política está permeada por un sabio y bien calculado pragmatismo.

La vocación finlandesa hacia la paz y el desarrollo —que encuentra un ejemplo admirable en sus esfuerzos— coronada con la firma del Acta Final de Helsinki, en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, necesariamente coincide con postulados básicos de la política exterior de México. De ahí que, en ese ámbito, se

den sorprendentes concordancias, como las registradas en casos como el de Namibia o el *apartheid*. Asimismo, Finlandia es vecino —como también lo es México— de una de las superpotencias, sabe que su principal defensa es el Derecho, como freno a la arbitrariedad y la violencia.

Estas coincidencias y convergencias en temas que preocupan a la comunidad internacional deben verse más como efecto de una similitud de posiciones y de problemas, que como una concertación previamente negociada. Lo que de ninguna manera implica que esté cerrada la puerta a un intercambio útil de puntos de vista y de experiencias, cuando éste realmente se revele útil y necesario.

Una de las bases incontestables de la política exterior de Finlandia es mantenerse al margen de las confrontaciones entre las superpotencias. Así, esta política no ha sido obstáculo para que Finlandia brinde una activa cooperación a la Organización de las Naciones Unidas; sus fuerzas militares han servido, por ejemplo, bajo la bandera de las Naciones Unidas, para el mantenimiento de la paz en Medio Oriente, en Chipre y en Cachemira.

Igualmente significativa ha sido su aportación en el caso de los refugiados, si bien debe señalarse que prefiere brindar apoyo económico que abrir las puertas de su territorio a extranjeros que, considera, difícilmente se adaptarían a las características del país y de sus habitantes. De esta manera, no sería exagerado afirmar que ha recibido refugiados con cuentagotas.

En cuanto a la filosofía que, en general, sustenta Finlandia con respecto a las Naciones Unidas, podría asegurarse que la definió con meridiana claridad el presidente Kekkonen (uno de los más grandes estadistas de Finlandia) al señalar que la posición de su país en las Naciones Unidas se asemeja más a la de un médico que a la de un juez.

Aparte del Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia soviético-finlandés, antes mencionado, y que influye poderosamente en el diseño de la política exterior finlandesa, ésta orienta sus prioridades, en primer término, hacia los países nórdicos, que mantienen numerosos órganos de cooperación; en segundo lugar, hacia Europa Occidental. Con Estados Unidos de América y con Canadá, países miembros de la Conferencia

sobre Seguridad y Cooperación en Europa, mantiene tradicionales lazos de amistad. Y vendrían, en escala descendente, otras regiones y países del mundo.

Finlandia mantiene sus propios programas de ayuda al desarrollo, que han beneficiado a diversos países de África y Asia, y ocasionalmente a algunos, muy contados, de América Latina. Al respecto, convendría señalar que la clasificación de México, dentro de los países en desarrollo, está por encima de aquellos que Finlandia considera como candidatos a la ayuda. Las relaciones exteriores y las relaciones económicas forman un inseparable binomio en Finlandia. Y el mismo pragmatismo que aplica a las primeras se hace patente en las segundas. Aquella frase de que "no hay mal que por bien no venga" podría aplicarse al caso de Finlandia y a las reparaciones de guerra que tuvo que pagar a la Unión Soviética.

Hasta antes de la segunda guerra mundial, un gran porcentaje de la población del país se dedicaba a la agricultura y a la silvicultura; la industria finlandesa era incipiente. El volumen, cantidad y variedad de los productos que entraban en las listas de reparaciones de la potencia vencedora, originaron la industrialización acelerada de Finlandia. El crecimiento real del producto nacional bruto de 1950 a 1974 fue, en promedio, del 5% anual. Los niveles de vida de la población se elevaron y se registró un profundo cambio en las estructuras de la producción y del comercio exterior.

Finlandia pagó a la Unión Soviética las reparaciones de guerra en un plazo menor del convenido y se vio, en el transcurso de pocos años, en una envidiable situación de país altamente industrializado y con respetables reservas monetarias en sus arcas nacionales.

La diversificación del comercio exterior de Finlandia muestra un admirable equilibrio que, al mismo tiempo, le evita presiones o inconstancias indeseables. El grueso de sus intercambios comerciales los efectúa Finlandia con los países de Europa Occidental; le siguen en importancia los países de Europa Oriental; con los países en vías de desarrollo, los intercambios no van más allá del 6.7%. Las materias primas constituyen el 62.8% de las importaciones que hace Finlandia.

La participación de México en los intercambios comerciales con Finlandia ha sido (y por

desgracia) prácticamente simbólica. El promedio anual de nuestras exportaciones, de 1980 a 1987, fue de 6 millones de dólares; el de las importaciones a México de productos finlandeses, durante el mismo periodo, fue de 19 millones de dólares.

Los cambios, tan acelerados como inesperados, que se registran en Europa, y que han puesto en entredicho la profesión de futurólogo, abren para todo el mundo, y desde luego para Finlandia, una muy amplia gama de interrogantes.

Y aunque nos fue encomendado un comentario retrospectivo de nuestras relaciones con Finlandia, no podemos escapar a la tentación de asomarnos, así sea de reojo, a un futuro que está siendo un sorprendente presente.

Desde que comenzó a esbozarse la idea del Mercado Único Europeo, Finlandia, que forma parte de la Asociación Europea de Libre Comercio, tomó en cuenta la necesidad de revisar su posición; un tanto relegada del bloque que se perfila como una extraordinaria potencia económica y comercial, sin precedentes en la historia. Sin embargo, después de unos discretos sondeos, las autoridades finlandesas descartaron la viabilidad de que el país se incorporase, eventualmente, a la Comunidad Económica Europea. Sin descartar, desde luego, la posibilidad de establecer algunos mecanismos paralelos o suplementarios que le abrieran una pequeña puerta al gran mercado.

El desmoronamiento no sólo de ciertos muros materiales sino de estructuras ideológicas y políticas que se suponían sólidas en Europa del Este, bien podría representar para Finlandia una brillante oportunidad de canalizar, a dicha área, sus productos y servicios. Cabe señalar que las empresas finlandesas han participado ya en el pasado en proyectos realizados en la Unión Soviética, y que esta participación podría incrementarse en gran escala, y a otros países de la zona.

Y si hacemos mención de lo anterior, es con la idea de que las prioridades finlandesas, a nuestro entender, difícilmente cambiarían de orientación. Sin embargo, y por lo que respecta a la relación económica mexicano-finlandesa, la modestia de las cifras antes señaladas no implica, de ninguna manera, que no sea posible explorar áreas concretas para incrementarlas. Aparte de la silvicultura y de las industrias conexas (en don-

de han sido dados algunos pasos) la industria maquiladora de México ofrece un potencial interesante. Y a este respecto, convendría señalar que cuando Finlandia pensó en la industria maquiladora de Costa Rica, por su cercanía con el mercado estadounidense, nos permitimos señalar al entonces canciller finlandés que México se encontraba ligeramente más próximo al apetecido mercado, y que nuestra industria maquiladora era mayor en volumen y experiencia.

No creemos, desde luego, que esa idea de escoger a Costa Rica fuese un subproducto del desconocimiento recíproco que existe en muchas de las realidades de México y de Finlandia, pese a lo instantáneo de la información y del virtual acortamiento de las distancias en el mundo contemporáneo.

Si en el orden de los intercambios comerciales con Finlandia el balance ha sido modesto, otro tanto ha sucedido en lo que se refiere a los intercambios culturales que se han mantenido en niveles mínimos. Si bien cabe señalar que la parte finlandesa mostró, en los últimos tiempos, una actividad más intensa que la de México, cualitativa y cuantitativamente hablando.

A mi juicio hay dos circunstancias que posiblemente influyen en la escasa demanda que, en nuestro país, tienen las becas que el gobierno de Finlandia ofrece: el clima y el idioma.

Cierto colega mío comentaba, en son de broma, que los finlandeses en su largo peregrinar desde algún remoto rincón del Asia, habían escogido el territorio que ahora ocupan con el único fin de evitar que los demás se ocuparan de ellos. Y que la receta había sido complementada con un idioma impenetrable. Me limito a transcribir esa opinión, sin juzgarla, y únicamente agregaríamos que los finlandeses, por razón natural y plenamente explicable, son cuando menos bilingües. El finlandés es complicado, sobre todo, por estar lejanamente emparentado con otras lenguas, como el húngaro, y algo tiene en común, desde el punto de vista de la arquitectura del idioma, con el turco, el samoyedo y el manchú.

Peero como una golondrina no hace verano, es de esperar que quien habrá de sucedernos en la Embajada mexicana logre sortear los obstáculos que a la humanidad agobian desde que alguien tuvo la idea de construir la Torre de Babel.

Y aun antes de que realice esa proeza, me permitiría señalarle la necesidad de promover el conocimiento del México de hoy, mediante un

material de divulgación de calidad adecuada. Y he deslizado esta sugerencia pensando tanto en la posibilidad de alentar las inversiones finlandesas en nuestro país, como en la de promover un turismo ávido de sol y de luz, y que anualmente se lanza, en números cercanos al medio millón de personas, a las playas de España y de Portugal.

Agregaría dentro de estas reflexiones un viejo proyecto que, hasta donde sabemos, no se ha convertido en realidad: el del establecimiento de un grupo parlamentario de amistad México-Finlandia. Sus frutos podrían rebasar los aspectos simplemente formales o retóricos.

Existen puestos dentro de nuestra diplomacia, en donde el jefe de Misión es necesariamente activo; en donde, independientemente de su espíritu de iniciativa y de su laboriosidad, el volumen de los intereses y los requerimientos de su acción son tales, que difícilmente puede darse el lujo de aprovechar la sabia disposición de nuestro reglamento, de escapar de su sede uno que otro fin de semana.

Y hay otros puestos en donde existen grandes extensiones de tierras vírgenes por roturar. Por lo que no aconsejaríamos a los jóvenes diplomáticos dejarse llevar por la rutina, que consagra errores añejos; sino buscar nuevas verdades.